

CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoewel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba), Dr. Florian Pitschl (Brixen)

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Introducción
<i>Alberto G. Belluci</i>	5	A la búsqueda de la identidad perdida
<i>Teresa Piossek Prebisch</i>	15	Los comienzos de la más antigua ciudad argentina. Un triunfo sobre la adversidad
<i>José de Nordenflycht</i>	27	Iglesias de Chiloé
<i>Silvia Gabriel</i>	35	Identidad y memoria en el <i>Facundo</i> o <i>civilización y barbarie</i> de Domingo Faustino Sarmiento
<i>Lucía Piossek Prebisch</i>	44	Inmigración e integración en la obra de Ricardo Rojas
<i>Ramón Ruiz Pesce</i>	57	San Juan de la Cruz sujeto pobre y herido
<i>Héctor D. Mandrioni</i>	70	La esperanza cristiana: pasión por lo posible
<i>Marie-France Begué</i>	78	Memoria e identidad

Inmigración e integración en la obra de Ricardo Rojas

Una “filosofía de la nacionalidad” en el Centenario

*Lucía Piossek Prebisch**

Communio nos convoca para la presente entrega con el tema: “Memoria e identidad”. Si tomamos tal tema en el alcance de “identidad cultural”, podemos advertir que, lejos de ser una cuestión reciente acicateada por el fenómeno inverso de la globalización, ha sido una constante en la historia del pensamiento argentino. Por cierto que con diferentes nomenclaturas: “nuestro ser”, “ser nacional”, “alma nacional”, “nacionalidad”, “argentinidad”, “personalidad colectiva”...

Aquí, sobre la base de trabajos anteriores¹ quiero presentar algunas ideas de Ricardo Rojas, quien pensó larga e intensamente sobre este tema.

I

Cosmopolitismo, integración, tradición: todo intelectual de la época del Centenario tuvo que plantearse estas cuestiones, aunque más no fuese de modo tangencial. El fenómeno del cosmopolitismo, iniciado con la entrada en masa de inmigrantes desde las últimas décadas del siglo anterior, se había convertido en un problema nacional, quizá en *el* problema del Centenario. Es

* Facultad de Filosofía, Universidad Nacional de Tucumán, Consejo de redacción de *Communio*

¹ Me refiero a “Filosofía e identidad cultural en la Argentina”, en *La Argentina y el mundo del siglo XX*, comp. Nilsa Alzola y Dinko Cvitanovic, UNS, Bahía Blanca, 1998, reproducido en *Transformaciones e identidad cultural*, Programa CIUNT, UNT, Tucumán, 1998; “Identidad y memoria en el alcance de identidad cultural”, en *Revista de filosofía*, Academia Nacional de Ciencias, Bs. Aires, 2000; y esp. “Inmigración e integración nacional en la obra de Rojas”, en *Documentos de trabajo*, n. 7, IHPA, UNT, Tucumán, 1993.

que al gran optimismo generalizado de los comienzos, le había seguido la inquietud ante consecuencias inesperadas de ese formidable “experimento” histórico.

Lo que me propongo aquí es destacar el puesto central de tal problema en la obra de Rojas, y relacionarlo con el renovado interés presente por la “identidad cultural”. Según lo que expuse en otras oportunidades acerca de criterios para abordar un estudio del pensamiento filosófico en la Argentina, es que me permito incluir a Rojas dentro de tal tipo de estudios, aun cuando su modo de pensar se presente como difuso desde el punto de vista de una filosofía académica. Hay quienes consideran a Rojas como el intelectual más influyente de esa generación al enfrentar el problema del cosmopolitismo con la idea de “tradición”, idea, como sabemos, central en el Centenario².

Él mismo llamó “filosofía de la nacionalidad” a ese conjunto de ideas obsesivas que fue desplegando sobre todo en *La restauración nacionalista*, *Blasón de plata*, *Argentinidad*, *Historia de la literatura argentina*, *Eurindia*³. Aquí me ceñiré a estas obras, si bien esas ideas informan a casi la totalidad de la obra poética, dramática y de crítica literaria del autor; y que, juzgadas desde la perspectiva de las obras posteriores, se anuncian ya con decisión en *Cosmópolis*, de 1908.

En el Centenario se pueden discernir tres actitudes básicas frente al hecho del gran “aluvión inmigratorio”: xenofobia, “dejar ser” al cosmopolitismo, voluntad de integración. La “filosofía de la nacionalidad” de Rojas optó por la tercera, a pesar de que una visión superficial pueda aproximarlo más a una posición xenófoba. Es cierto que su enemigo declarado fue el cosmopolitismo invertebrado, y no la inmigración en sí misma. En este punto es bueno recordar una carta de Rojas a su amigo don Miguel de Unamuno con fecha 29.12.1909, en donde se refiere a la resonancia de *La restauración nacionalista*. Ya en esa época temprana deslinda perfectamente su actitud frente a una

² Carl Solberg, *Immigration and nationalism Argentina and Chile, 1890-1914*, Institute of Latin American Studies, University of Texas Press, Austin & London, 1970, destaca a Rojas como “el intelectual más influyente de esa generación”, que reaccionó frente al cosmopolitismo creciente. Trata a Rojas —el de RN y BP— en el capítulo “Nationalism: The Antidote for immigration in Argentine and Chilean Social Philosophy”. Una publicación reciente, Horacio Castillo, *Ricardo Rojas*, Academia Argentina de Letras, Bs. Aires 1999, reconoce la importancia del cosmopolitismo en Rojas.

³ Las obras de Rojas aquí mencionadas son: *La restauración nacionalista* (RN), A. Peña Lillo editor, Bs. As., 1971 (1ª. Edición 1909); *Blasón de plata* (BP), Losada, Bs. As., 1946 (1ª. Edición 1910); *La argentinidad* (A), Librería La Facultad, Bs. As., 1916; *Historia de la literatura argentina. Ensayo filosófico sobre la evolución de la cultura en el Plata* (LA), Losada, Bs. As., 1948 (1ª. Edición 1917); *Eurindia* (EU), La Facultad, Bs. As., 1924.

posible acusación de xenofobia: “Como Ud. verá, no se trata, sin embargo, de expulsar extranjeros, ni de cerrar el Hotel de Inmigrantes. Se trata de salvar la cohesión nacional, la tradición como fuerza de perduración, y el idioma como instrumento de comunicación y de conquista”⁴.

A su vez, una de las actitudes que he mencionado, el “dejar ser” al cosmopolitismo, presentaba dos formas: o la indiferencia o el entusiasmo ante el gran experimento histórico-demográfico-cultural que se estaba produciendo en la Argentina. Representante de la segunda forma entusiasta fue Darío, quien, como celebración del Centenario, entregó su *Oda a la Argentina*, canto triunfal a la inmigración, a las “políglotas muchedumbres”, a los “rebaños de hombres” que llegaban en tropel al “paraíso terrestre” que es la Argentina, donde “se edifica la Babel en que todos se comprenden”⁵.

La lucha de Rojas va contra los indiferentes y carentes de una visión acerca del destino del país; pero también es un llamado de atención ante la actitud estética e idealizadora de un Darío. Juzga Rojas que esta apreciación jubilosa ya es una ingenuidad después de que, precisamente, uno de los campeones de la inmigración, Sarmiento, comenzara a ver efectos no deseados de una incontrolada corriente humana de ultramar. Sarmiento, efectivamente, en los últimos años de su vida se planteó la inquietante pregunta: “¿Argentinos? Desde cuándo y hasta dónde; bueno es darse cuenta de ello”. Rojas utilizó tal pregunta como epígrafe del Prólogo de su libro de 1910, *Blasón de plata*. Pero, en realidad, la pregunta podría perfectamente ser el epígrafe válido para *todas* las obras que componen el ciclo de la “filosofía de la nacionalidad”.

II

¿Qué entender por “filosofía de la nacionalidad”?

En el alcance más amplio, más general, nacionalidad es para Rojas un fenómeno de síntesis de psicología colectiva (ahora más bien se diría menta-

⁴ Manuel García Blanco, “Ricardo Rojas y Unamuno”, *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, Quinta época, año III, n. 3, Bs. As., 1958. Cf. Discurso de Rojas, como Decano de Filosofía y Letras de la UBA: “Mi nacionalismo no hostiliza lo extranjero, sino que lo asimila, como lo propongo en *Eurindia*; (...) no excluye lo español, puesto que lo considera fuente de argentinidad, como lo muestro en *Blasón de plata*; (...) no venera la incultura nativa sino que tiende a superarla por un ideal de civilización, como lo expresé hace quince años en *La restauración nacionalista*, cuando formulé la teoría, como reacción contra la imitación empírica, el materialismo histórico y el mercantilismo cosmopolita, motivos locales de esa reacción”. (Citado por Jorge Oscar Pickenhayn, *La obra literaria de Ricardo Rojas*, Ediciones Culturales Argentinas, Bs. As., 1982).

⁵ Rubén Darío, “Canto a la Argentina”, *Poesías completas*, Aguilar, Madrid, 1961.

lidad). Una síntesis en que se combinan la influencia de la tierra, la raza, la lengua, la tradición, el ideal. Con algunas variantes no esenciales, todas las obras que componen el ciclo de la filosofía de la nacionalidad caracterizan y definen estos elementos. La RN, por ejemplo, dedica el punto 3. del capítulo primero a caracterizar, en el modo general, la idea de nación y de nacionalidad. Nación sería la forma moderna de la patria. Esta es originariamente un territorio; y el sentimiento que mueve a amar esa tierra, y los valores que se le van sumando a medida que el pueblo sobre ella instalado avanza en civilización, se llama patriotismo. A mayor grado de civilización, el sentimiento originario se vuelve más razonado. En su forma moderna la patria se circunscribe a los límites de la Nación, con cuya concepción política se confunde. Las naciones ya constituidas en la Edad moderna van haciéndose cada vez más homogéneas y más fuertes, y –siempre según Rojas– sería posible que aún por mucho tiempo la historia de los continentes nuevos sea la formación de nuevas nacionalidades. Y pareciera que lo necesario es no destruirlas sino fortalecerlas.

A las sucesivas etapas del patriotismo instintivo, del patriotismo religioso, se le suma el patriotismo político. Este último, *sentimiento razonado*, que tiene por base territorial y política la nación, es lo que Rojas llama *nacionalismo*. Aquí es sumamente importante hacer una distinción que suele pasarse por alto: éste de Rojas es un *nacionalismo cultural*, que poco y nada tiene que ver con otras formas dogmáticas de nacionalismo surgidas con posterioridad en el país. El de Rojas, como el de su amigo Emilio Becher, fueron la adaptación en la Argentina de las ideas herderianas de *Volk, Volkgeist*⁶.

Siguiendo con el intento de aclarar la noción de nacionalismo de Rojas, en su alcance general, resulta interesante la comparación entre lo que es una personalidad individual y una personalidad colectiva, pues la conciencia de personalidad colectiva es otra designación para nacionalidad: “La nacionalidad es la conciencia de una personalidad colectiva” (RN, 47) “La personalidad individual tiene por bases la cenestesia o conciencia (ahora se diría mejor experiencia o vivencia) de un cuerpo individuo, y la memoria o conciencia de un yo constante..., la conciencia de nacionalidad en los individuos debe formarse: por la conciencia de su territorio y la solidaridad cívica, que son la *cenestesia colectiva*, y por la conciencia de una tradición continua, y de una lengua común que la perpetúa, lo cual es la *memoria colectiva*” (RN, 47).

⁶ Cf. Earl T. Glauert, “Ricardo Rojas and the emergence of Argentine Cultural Nationalism, *Hispanic American Historical Review*, vol. 42, n.1. Afirma también con insistencia la necesidad de distinguir entre nacionalismo político y cultural Francisco Leocata, esp. en cap. V de *Las ideas filosóficas en Argentina*, II, Centro Salesiano de Estudios, Buenos Aires, 1993.

Pero ¿qué ocurre con este sentimiento razonado entre nosotros? Más arriba dije que el nombre de la nacionalidad en nuestro caso es el de *argentinidad*. Pues bien, ¿qué pasa con la argentinidad? ¿Cómo influyen la tierra, la raza, la lengua, la tradición en la constitución –que debiera ser armoniosa– de la personalidad colectiva, y en la conciencia de la misma?

Llegamos así al núcleo mismo del gran problema que mueve el pensamiento de Rojas. *La argentinidad no es sólo un caso particular del concepto de nacionalidad*. Se trata de un caso muy especial. En la mayoría de las naciones modernas, antes de que se constituyeran en nación, existía una cohesión previa: existía un pueblo. Rojas sostiene que nosotros fuimos nación antes que pueblo⁷. Hace también la salvedad de que pueblo no equivale simplemente a población. Pueblo es una personalidad colectiva producida por sedimentación, a lo largo del tiempo, y sobre la tierra nutricia, de modos de ver y valorar el mundo, de tradiciones expresadas en una lengua común.

III

Siempre sobre la base de las cinco obras integrantes de la “filosofía de la nacionalidad”, y convencida de la coherencia que, en lo esencial, presentan estos libros escritos a lo largo de cinco lustros, pretendo indicar de qué modo están presentes en el caso argentino los elementos constitutivos de una nacionalidad, o identidad cultural de un pueblo.

a. *Tierra*. Es el factor básico para que se forme una nacionalidad.

Advierto que Rojas considera a la tierra de dos maneras diferentes. Una, a la que podríamos llamarle “descriptivo-geográfica”, según la cual la tierra influye sobre los individuos que la pueblan, plasmando en ellos similitudes por medio del clima, la orografía y el paisaje compartidos. La otra manera podría ser caracterizada como “místico-metafísica”. Por la primera, Rojas se aproxima al Sarmiento de los cuatro primeros capítulos del *Facundo*; por la segunda a una tradición religioso-místico-poética, de cuño romántico, que supone en la tierra poderosas y misteriosas fuerzas telúricas⁸. En la *Restauración nacionalista*, de 1909, es la acepción descriptivo-geográfica la que prima: “La teoría del medio físico aplicada por Taine, antes estudiada por Buckle y Montesquieu, y sospechada por los antiguos, es la influencia del territorio sobre la civilización. No se sabría decir en qué consiste esa influencia, pero existe, en verdad, ese poder caracterizante de un lugar sobre el hombre, principalmente allí donde el territorio conserva su salvajez primitiva. Esto

⁷ Cf. especialmente RN, págs. 132 a 135.

⁸ Este modo de sentir la tierra aparece con fuerza ya en *El país de la selva*. Cf. Horacio Castillo, *Ricardo Rojas*, ob. cit., págs. 73 a 76.

podrá probar que esa influencia no es sólo fisiológica o material, sino espiritual y psicológica, y depende de las emociones que el paisaje sugiere y que forman en su repetición el carácter de una raza” (RN, 69).

La emoción que la tierra sugiere como factor constitutivo de la argentinidad es más elocuente aún en la obra que Rojas dedicara a la celebración del Centenario: *Blasón de plata* (cf. BP, 101,156).

Pero esta modalidad geográfico-psicológica de explicar la influencia de la tierra, teñida todavía de cierto positivismo a lo Taine, es completamente sobrepasada en *Eurindia*. En realidad, *Eurindia* recupera el modo de sentir la Tierra de una obra juvenil: *El país de la selva*. En la obra de 1922, la Tierra –habría que escribirla aquí con mayúscula– es la sede principal de una entidad metafísica, cuyas fuerzas misteriosas y poderosas se ejercen sobre todo en ciertos lugares privilegiados. Ya en *Argentinidad*, Rojas había privilegiado como cuna de nuestra nacionalidad a la región que actualmente designamos como NOA⁹.

“Hay en los diversos lugares de la tierra misteriosas influencias espirituales, como de númenes invisibles, cuya presencia mística suele hacerse más perceptible en ciertos sitios: –grutas, selvas, fuentes– al menos para la intuición de algunas almas excepcionales. Esto es lo que llamaron el *genius loci* los antiguos (...). Esa influencia espiritual de los *dioses* a través de la tierra crea la unidad emocional de una raza, la continuidad histórica de una tradición, el tipo social de una cultura” (EU, 161). Y, viendo más cuidadosamente, no es la tierra en sí misma la que ejerce tal fuerza configuradora, sino la nacionalidad, en nuestro caso la “argentinidad”. El autor reconoce que la suya es una intuición que se halla muy lejos de la explicación positivista acerca de la influencia de la geografía en las peculiaridades de un pueblo. Que se trata de una intuición muy difícil de explicitar y comunicar a los lectores por la vía de la inteligencia, porque “Argentinidad es un espíritu angélico que se nos manifiesta en la tierra, en el hombre, en la tradición y en la cultura, enviando a nosotros reflejos de su propia luz espiritual” (EU, 162).

Sea, pues, en el lenguaje más sobrio de la *Restauración nacionalista*, o en lenguaje de corte místico-metafísico de *Eurindia*, la tierra ocupa un sitio de excepción entre los elementos generadores de una nacionalidad. En

⁹ Bernardo Canal Feijóo, “Las provincias en la obra de Rojas”, en *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, ob. cit, pág. 375: “Lo que en cada provincia parecía importarle en primer término era el poder de resistencia raigal que pudiera probar a la arremetida de esa gran añagaza histórica que en alas de una inspiración civilizadora *sui generis* estaba sustituyendo al antiguo ‘pueblo’ argentino, ente cualitativo precipitado por larga sedimentación histórica, por una masa heterogénea y desarraigada, mera ‘población’ numérica exenta de la pasión de la tierra y consabidos idealismos tradicionales. ‘Pueblo es lo que necesitamos, no población’ ...”.

el primer caso ella “produce”, por así decirlo, la base de una nacionalidad; en el otro, es el elemento sin el cual no podría manifestarse una fuerza plástica que la anima y la trasciende. En el simbolismo del árbol, tan caro a Rojas, se nos dice que la simiente espiritual de las naciones, que contiene “metafísicamente” al árbol frondoso, arraiga en las escondidas entrañas de la tierra (EU, 148; cf. también EU, caps. XXVI, XXXII).

b. *Raza*. Es otro esencial elemento de la nacionalidad, que se sustenta en la tierra. Para no malentender a Rojas, hay que decir de entrada que, dentro de esta “filosofía de la nacionalidad” no se considera a la raza en sentido biológico, antropológico-cultural. Se trata aquí de un concepto psicológico-histórico, o, como se diría ahora en un lenguaje más usual, histórico-cultural. No es que Rojas desconozca el hecho de las razas, biológicamente hablando o, según sus palabras, desde el punto de vista fisiológico. Tiene en cuenta este aspecto, por ej., en la *Historia de la literatura argentina*, cap. II, pero para concluir diciendo que lo esencial, “lo más interesante de la raza como sujeto creador de una literatura, o sea un pueblo como agente histórico, es su psicología, o sea la manera de sentir la naturaleza, de concebir la vida, de expresar sus emociones y pensamientos” (LA, 100). También en *Eurindia* se distingue la raza, individualizable en caracteres somáticos, de la raza en sentido histórico. Esta {última es un fenómeno espiritual de significación colectiva, determinado por un territorio y un idioma, o sea por un ideal (sic)” (EU, 192). Raza en sentido espiritual es como una entidad superior a los individuos (EU, 194); y ello se advierte dentro de la historia de la cultura, por ej., el caso claro de un estilo estético que se impone sutilmente al sujeto creador individual.

Aunque me parece que el uso aquí de la palabra raza no es feliz por su ambigüedad, lejos estamos, pues, de afirmaciones que quieren hacer aparecer a Rojas concediendo lugar especial a una raza determinada en sentido antropológico-biológico. Su concepto de raza es histórico-cultural.

Recuerdo que, según lo señalé al comienzo, motor de la obra del pensador que nos ocupa es la búsqueda de una integración que conjure un cosmopolitismo disolvente, una anarquía debida a “la inmigración, asaz y numerosa, y a los vicios de nuestra educación” (RN, 136). A la luz del concepto histórico-cultural de raza, es muy importante señalarlo, hay una defensa y una valoración decidida del *mestizaje*; los hombres de diferentes colores: el cobrizo, el negro, el blanco –o los blancos–, componentes de la población argentina, no constituirían de por sí un impedimento para lograr realmente una integración. Indianismo y exotismo no forman una alternativa en que los términos se excluyan, ni una fatalidad nacional: “Eurindia” es el nombre de esa confianza. Mucho, muchísimo más aglutinantes que la raza en

alcance biológico, son la tierra, la lengua, la tradición, el ideal. Pero siempre sobre el fundamento de la tierra.

c. *Lengua*. El lenguaje es un poderosísimo factor de nacionalidad. El lenguaje de un pueblo, dijo Rojas dentro de la línea de un Guillermo de Humboldt y de un Herder, de su amigo Unamuno (y por qué no de la actual hermenéutica), “es la expresión más íntima de su espíritu y el órgano intelectual de su tradición” (RN, 69) Nuestro pueblo, es cierto, habla el español, un idioma importado. Aunque, viéndolo bien, los españoles tampoco habrían creado el español. Lo crearon antepasados comunes durante la Edad Media (EU, 51). “Cuando el idioma común, como en nuestro caso, ha sido creado por otro pueblo, ha de buscarse sus caracteres de nacionalidad en el genio mismo del pueblo que lo adoptara por aprendizaje colonial; y es evidente que la tierra americana, las lenguas indígenas, las mestizaciones étnicas, las instituciones democráticas, la cultura internacional, nos han dado un carácter propio, distinto del de la Nación colonizadora (...) el idioma castellano cobra en nuestro país un matiz propio, prosodia y semántica, sin contar la línea arquitectónica de la construcción verbal, que, por responder a otra psicología, se diferencia también de la construcción ranciamente española” (EU, 49-50).

Rojas reconoce que en el lenguaje, en el *logos*, se esconde un misterio. El lenguaje es una dimensión colectiva, que trasciende a la individualidad de pueblos y personas que lo comparten, como lo demuestra de modo ejemplar el idioma español; pero es, al mismo tiempo, elemento individualizador e identificador. Nuestra lengua ha conservado la huella de nuestras cuatro formaciones sociales, con sus imágenes, sus sentimientos e ideas: lo indígena, lo colonial, lo patricio, lo cosmopolita (EU, 346). La situación en que se encuentra el lenguaje de los argentinos en la época del Centenario corresponde al séptimo fenómeno dentro de un proceso filológico que va desde la difusa poliglotía precolombina hasta la “contaminación del castellano moderno por el aluvión inmigratorio cosmopolita y la cultura universal, en conflicto con el casticismo académico” (EU, 47-48). De aquí –según Rojas– lo absurdo de la pretensión de aferrarnos, sin más a los dictados de la Real Academia Española...

A esta altura podemos preguntarnos ¿Por qué Rojas acepta esas modificaciones producidas por la historia en nuestra lengua, y se alarma, en cambio, por la modificación que está ocurriendo en su tiempo a partir de la inmigración masiva? ¿No sería ése, precisamente, otro momento de la creación colectiva de un idioma propio?

El tratamiento de este tema se hace difícil en el caso de Rojas, pues por un lado reacciona contra el cosmopolitismo deformante del idioma nacional, y, por otro no acepta la tutoría de la Real Academia Española como norma idiomática, ni pareciera inclinarse por la pureza de la lengua.

El problema es más complejo; no lo es sólo de contaminación y deformación del idioma. Es un problema afligente de *incomunicación*, y, por tanto, de hibridación de la incipiente conciencia de nacionalidad. Estamos así con Rojas muy lejos de la celebración jubilosa de Darío, cuando veía elevarse la nueva torre de Babel en la que milagrosamente todos se entendían...

Para finalizar este punto. Es en la literatura, en el lenguaje escrito, donde mejor consignada está la memoria colectiva. Desde esta convicción, la *Historia de la literatura argentina* no presenta sólo un interés histórico-literario. Más allá esto apunta al problema de la nacionalidad, o como ahora diríamos, de identidad cultural.

d. *Tradicición*. Es otro enérgico elemento que constituye la nacionalidad, en nuestro caso, la argentinidad. Tradición es, sin embargo, la noción más difusa, menos fácil de atrapar conceptualmente en Rojas. Es cierto, la memoria que un pueblo tiene de su pasado es el hilo conductor de lo que fuimos, somos y seremos en cuanto pueblo. En este sentido su noción se entrelaza con la de historia. Pero es evidente que la noción de tradición es mucho más extensa que la de historia. La historia –que se deposita en la historiografía– es uno de los modos de conservación de la memoria colectiva, memoria que se sedimenta, en primer término en la lengua; también en las costumbres, las formas de vida...

Más tiene que ver, me parece, en su esencia, la tradición con la “intrahistoria”, noción que evidentemente Rojas toma de Miguel de Unamuno. Hay una historia externa (EU, 177), superficial, de la que se ocupa la historiografía. Tal historia no explica cómo, a pesar de cataclismos históricos, los pueblos pueden sobrevivir como tales. Por ejemplo: “En naciones nuevas como la Argentina, con territorio complejo, con población heterogénea, con proceso histórico interrumpido por cataclismos sociales como la conquista, la independencia y la inmigración, el proceso tradicional se complica, pero la ya indicada ley de continuidad es tan imperiosa, que sin ella la Nación Argentina no habría podido subsistir o se desvanecería en el tiempo” (EU, 176).

La confianza de Rojas en la fuerza configuradora de la tradición es casi tan fuerte como la confianza en la fuerza de la tierra. El río de la tradición, –la metáfora es suya, y también de Unamuno–, a pesar de que no se lo advierta en algunos períodos, sigue su curso subterráneo para reaparecer más tarde. “Es un misterio de la intrahistoria popular, la que persiste, más esencial que la historia externa” (EU, 177)¹⁰.

¹⁰ Cf. por ej., EU, págs. 176, 177, con pasajes de Unamuno: “Las olas de la Historia, con su rumor y su espuma que reverbera al sol, ruedan sobre un mar continuo, hondo, inmensamente más hondo que la capa que ondula sobre un mar silencioso y a cuyo último fondo nunca llega

IV

Estos cuatro elementos: tierra, raza, lengua, tradición –a más del ideal, aquí no desarrollado– son, por cierto, separables sólo para los fines de un análisis. De ellos, la tierra parecería ser sin embargo el más fundante. Los elementos se dan estrechamente entrelazados. Pero también es cierto que permiten combinaciones en medida muy diferente. En algunos pueblos, afirma Rojas, se combinaron de modo natural, produciendo un estado de conciencia colectiva, o de personalidad colectiva que es la nacionalidad. Pero el caso de nuestro país presenta características muy especiales, similares a las de otros países de nuestra América: ya se dijo que hemos sido nación antes que pueblo. Lo normal es el proceso inverso: ser pueblo y luego constituirse en nación. Es decir, que primero los cuatro elementos creen una personalidad colectiva, y que políticamente se constituya luego, sobre ese basamento, la Nación.

¿Qué significa todo esto desde la perspectiva de poder conjurar los peligros del cosmopolitismo disolvente? Significa que, si bien se puede y debe confiar en los poderes configuradores de la tierra, de la lengua, la raza y de la tradición-intrahistoria, el fenómeno del aluvión cosmopolita es de tal magnitud, que hace falta la intervención de una acción humana decidida, que se plantee el problema a fondo y se empeñe por guiar y apresurar un proceso de integración.

No se olvide que la *Restauración nacionalista* fue en su origen un informe presentado por el autor al Gobierno de la Nación. Su subtítulo reza: “Crítica de la Educación Argentina y Bases para una Reforma en el Estudio de las Humanidades modernas”. Este libro publicado en 1909 era no sólo, pues, un informe de lo visto en instituciones educativas europeas, sino también un diagnóstico sobre el mal de nuestra sociedad aluvial, su estado anárquico debido a dos factores: la inmigración tumultuosa y los vicios de nuestra educación pública. Si algunas veces Rojas parece estar próximo a una actitud xenófoba –como la que se refleja en la novelística del “ciclo de *La Bolsa*”: Martel, Sicardi, Cambaceres, y en algunos colaboradores de la *Revista de Filosofía* de Ingenieros– es porque se extraen sus declaraciones del contexto. En Rojas el reproche no va en realidad contra el inmigrante sino en lo

el sol. Todo lo que cuentan a diario los periódicos, la historia toda del *presente momento histórico*, no es sino la superficie del mar, una superficie que se hiela y cristaliza en libros y registros, y una vez cristalizada así, una capa dura, no mayor con respecto a la vida intrahistórica que esta pobre corteza en que vivimos con relación al inmenso foco ardiente que lleva dentro”, *La tradición eterna*, Obras completas, vol. III, Ensayos, A. Aguado, Madrid, 1950, pág. 16.

esencial contra un sistema de educación deficiente que no integra al extranjero en la vida del país.

Más de una vez he venido señalando similitudes entre Rojas y Sarmiento. Y también diferencias. Una similitud es que tras de hacer el diagnóstico, ambos proponen una intensificación de la educación pública. En Sarmiento, la finalidad era educar al ciudadano alfabetizándolo; en Rojas, la finalidad es formar la conciencia de la nacionalidad. "...nuestro problema más urgente es crear el alma de un pueblo". "A él debemos subordinar nuestra educación" (RN, 136). Pues "no constituyen una nación, por cierto, muchedumbres cosechando su trigo en la llanura que trabajan sin amor. La nación es, además, la comunidad de esos hombres en la emoción de un mismo territorio, en el cultivo de las mismas tradiciones, en el acento de la misma lengua, en el esfuerzo de los mismos destinos" (RN, 137).

Apéndice

Del país de la selva a la ciudad del puerto

Desde la perspectiva actual, y considerados dentro del conjunto de la producción de su autor, dos libros juveniles, anteriores al ciclo de la "filosofía de la nacionalidad", anticipan claramente el problema central y las líneas maestras de la obra posterior de Rojas. Se trata de dos libros relativamente breves, hoy casi inhallables, que el autor publicó en París durante su estancia europea como enviado del diario *La Nación*, de Buenos Aires. El primero (1907) se titula *El país de la selva*, el segundo *Cosmópolis* (1908)¹¹. El sólo contraste de los títulos atestigua una honda experiencia ante la Argentina del momento: la interior mediterránea y la portuaria.

Con la primera de las obras el autor se inscribe dentro de la "conquista" de las regiones del país para las letras. Ese proceso de conquista sabemos que se inició con Alberdi, cuya *Memoria descriptiva de Tucumán* hizo ingresar en la literatura nacional a esa provincia norteña; se continuó con Echeverría, Sarmiento, Obligado, quienes hicieron de la "pampa" un objeto estético; con Joaquín V. González que en *Mis montañas* dio un prestigio literario a la región riojana. Y con Lugones, quien, casi contemporáneamente con *El país de la selva*, tomó a Salta y Jujuy como escenario de *La guerra gaucha*.

Con *El país de la selva* halla, pues, su puesto dentro de la literatura argentina la zona de los montes y las selvas misteriosas del país interior: "Llámole 'país de la selva' a la región argentina que se extiende desde la cuenca de los grandes ríos, hasta las primeras ondulaciones de la montaña.

¹¹ *El país de la selva*, en *Obras de Ricardo Rojas*, tomo XV, La Facultad, Bs. As., 1925; *Cosmópolis*, Garnier, París, 1908.

Dicha región abarca en la actualidad varias provincias, pero constituyó una sola en tiempos del virreynato español”.

En esta obra de 1907 hay una descripción vívida de esa naturaleza montaraz, como clausurada sobre sí misma, ajena al vértigo de la historia. En esa región se habrían ido conjugando lentamente dos razas: la blanca venida de fuera y las cobrizas autóctonas. Fauna, flora, habitantes indios y mestizos; costumbres, creencias religiosas, leyendas, todo esto es rescatado y presentado al lector sobre la base de experiencias directas. El lector actual, además del valor testimonial que ahora nos interesa, podrá hallar en este libro juvenil más de una página antológica.

Sobre este fondo de la descripción del país mediterráneo, en que el autor pasara su niñez y su adolescencia, puede apreciarse la significación del otro libro casi contemporáneo: *Cosmópolis*. Componen a esta obra una serie de crónicas cuya unidad está dada por el “escenario” en que se desarrollan los hechos y sucesos narrados. El joven autor, con el bagaje de lo vivido en el país interior de su infancia y primera juventud, y animado por el espíritu arielista, se topa con “una ciudad enorme”, donde el inmigrante ha vencido a ese gaucho en quien se habían ido asimilando el conquistador y el indígena. Se encuentra con el “espectáculo de la hora presente –la ciudad soberbia, incoherente aún (...) pero que consuela con el presagio de un tipo humano y de una cultura superiores”. Buenos Aires para el joven provinciano es el lugar de choque de “dos elementos antagónicos y correlativos según las circunstancias: el de la tradición, o espíritu nativo, y el de la sangre nueva traída por la inmigración”¹².

En este punto, contrariamente a lo que se ha sostenido en algunas oportunidades¹³, entiendo que Rojas considera correlativos más que antagónicos dichos elementos, es decir, que no se trataría de una alternativa excluyente la de tradición y progreso: “Encarecer el culto a la tradición no es proclamar un dogma hostil al progreso ni a la idea de fraternidad que entraña la vida cosmopolita”. Es, al contrario, “crear la condición de esa propia fraternidad”¹⁴. Creo oportuno recordar aquí la emergencia del tema de la tradición en la época que nos ocupa, como una reacción al “futurismo” de los hombres dirigentes del ‘80. Es muy sugestiva la expresión de Rojas: la tradición como “condición” de posibilidad de la convivencia en una sociedad aluvial.

Comparadas con la producción posterior de su autor, estas obras juveniles tienen más que todo un valor testimonial. Pero el objetivo de este breve *Apéndice* es poner de relieve que a ellas se remonta el origen del tema que será permanente en Rojas: el de la nacionalidad (hoy se diría “identidad

¹² *Cosmópolis*, págs. 1,2,3.

¹³ Solberg, ob. cit., págs. 142,143,146.

cultural”) frente a la diversidad cosmopolita. Efectivamente, en tales obras ya está perfilada la actitud de un nacionalismo sano,¹⁵ de raíz herderiana y tal vez fichteana, y de influencia arielista. Este nacionalismo no está hecho de negaciones y exclusiones como ocurre en otras formas de nacionalismo surgidas hacia la década del ‘30. La de Rojas es una actitud expectante, pero en el fondo confiada y de optimismo cauto, hasta muy ingenua a veces, ante el futuro de un país pujante, en el que es preciso descubrir y proclamar lo válido de sus elementos naturales y culturales. El despliegue de este “credo” está por cierto en el ciclo de la “filosofía de la nacionalidad”.

Obras como éstas de Rojas merecen, aunque el esfuerzo nos resulte hoy penoso, ser meditadas desde nuestra situación actual en que los problemas no son los originados por una inmigración masiva sino por una emigración calificada. Y sobre todo merecen una nueva lectura a la luz de categorías recientes propuestas por el pensamiento filosófico y por la historia social¹⁶.

¹⁴ *Cosmópolis*, pág. IX.

¹⁵ Para lo peculiar del nacionalismo de Rojas, además de Glauert, ob. cit., A. Pagés Larraya, “Rojas humanista del nuevo mundo”, *La Nación*, Bs. As., 12.9.82. (Quiero agradecer aquí, como en muchos otros casos, la ayuda del Dr. Ramón Leoni Pinto, que me facilitó con su generosidad habitual las colaboraciones de Pagés Larraya sobre Rojas en los diarios *La Nación* y *La Gaceta*). Ver también Horacio Castillo, ob. cit., págs. 157-171.

El tema del nacionalismo cuenta con nutrida bibliografía reciente, entre otros: M.I. Barbero, F. Devoto, *Los nacionalistas*, Centro Editor de América Latina, Bs. Aires, 1988; Ch. Buchrucker, “El nacionalismo como problema de la historia de las ideologías”, en *Revista de historia universal*, Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 1988; A. de Blas Guerrero, “El nacionalismo”, en *Historia de la teoría política*, ed. F. Vallespin, vol. III, Alianza, Madrid, 1991.

¹⁶ Cf. Hilda Sábato, “El pluralismo cultural en la Argentina”, en *Historiografía argentina 1958-1988*, Comité Internacional de Ciencias Históricas, Comité Argentino, Bs. Aires, 1990.